

Para una sociología del amigo que escribe (del amigo que escribe). Sobre *Desvelo de Ulises*.

Por: Osmar Sánchez Aguilera

Participar en la presentación del más reciente libro de poemas de Gregory Zambrano Meza me avala como contertulio y amigo, más que como lector, suyo, lo que no deja de distinguirme, desde luego. Como sucede a veces con los amigos que -inmersos en mundos paralelos- además escriben, es más el tiempo de conversación que el dedicado a la lectura y/o el comentario de los textos suyos o míos. De ahí que varias de las ideas constitutivas de este tramado pudieran ser bastante nuevas para él, como lo fueron, hasta hace muy poco, también para mí mismo. Es en ese registro que han de recibirse estos comentarios en torno a *Desvelo de Ulises y otros poemas* (México: Edics. Fin de Siglo, 2000). Poner por escrito esas ideas algo tendrá entonces de iniciación para ambos, a medio camino entre la movilidad de las voces y la irreversibilidad de las letras.

Como escritor, Gregory me resulta curioso por varios motivos. En la confianza de que esas curiosidades pueden contribuir a explicar lo que -a juzgar por el paso que lleva- habrá de ser la parte inicial de la trayectoria de este Ulises venezolano, las comparto. Si no ahora, tiempo vendrá en que algún lector que no tuvo el gusto de conocerlo o tratarlo de joven se interese por ellas.

Su práctica de la amistad, he aquí lo primero, no es un rasgo cualquiera a propósito de este escritor; muy por el contrario, la amistad es un rasgo básico en cualquier entendimiento de él, sea como escritor, sea como persona. Para verificar la pertinencia de la consideración de ese rasgo bastaría, ceñidos ya a su escritura publicada, reparar en el elevado número de textos en verso o en prosa que tienen

dedicatorias impresas. (“Corazón de condominio” me ha dicho una amiga que llaman en México a las personas con tal capacidad amistosa).

Por esas ventanillas paratextuales la amistad, sin pagar peaje literario alguno, inunda el cuerpo de la poesía, inscribiendo así la voluntad del autor de no cerrar los puentes que comunican a uno y otro lado de la frontera delimitada por la literatura. “Por la amistad, lo mejor de la poesía”, reza uno de esos peritextos, como diría Genette. Esa voluntad de apertura hacia la otra orilla, o de comunicación entre ambas orillas, devela también una vocación de testigo, según lo avala su apego a la datación de sus textos o, más allá de la escritura, su afición por la fotografía. Por esas huellas en uno y otro territorio puede reconstruirse el paso de las amistades, incluidas las provenientes de la memoria literaria, sobre la sedimentación de la persona que es además poeta.

Dedicado de tiempo casi completo a la literatura (trabajos críticos, rastreos de archivos, ediciones de terceros, escritura de poemas, etc.), Gregory no suele centrar sus conversaciones en la literatura. (Cuando menos, conmigo.) Su discreción al respecto siempre me ha parecido proverbial.

Singularidad también suya, es que Gregory ha contado, como poeta, con medios de publicación inimaginables para cualquier otro en la etapa de formación. Ediciones Mucuglifo en Venezuela y Ediciones Fin de Siglo en México ejemplifican, junto con una que otra revista, algunos de esos medios que, si bien él no ha manejado a su antojo ni tampoco para beneficio exclusivo de camarillas, le han permitido esquivar el trámite de las evaluaciones y los dictámenes, más menos rigurosos, más menos arbitrarios, en aras de dar a conocer sus producciones adscritas a ese género tan marginalizado en el mercado de la literatura.

Por eso tal vez, o -acaso también- por una concepción de la poesía (y de la vida) que no parece conceder demasiado espacio a las presiones externas, incluidas las modas, la práctica poética de Gregory presenta otro rasgo que la singulariza: ha podido crecer y hacerse a sí misma sin necesidad de premios ni de concursos. Hasta donde sé -no ha de olvidarse aquí la proverbial discreción del artista ya joven- sus

publicaciones no se adornan ni se protegen o aderezan con tales amuletos. Si valen o no es por ellas mismas.

Tres cuadernos de poemas, con la excepción de *Ciudad sumergida*, han sido así publicados: como si los premios no lo desvelaran, como si el mercado fuera lo de menos. Para su fortuna todos esos factores, combinados con los efectos propios de la maduración personal, han obrado de manera que la riesgosa generosidad prevaleciente en los dos cuadernos venezolanos (*Víspera de la ceniza*, 1990; *Dominar el silencio*, 1994) fuera cediendo su sitio a una generosidad más austera y de más hondo calado en los dos cuadernos correspondientes a la residencia del poeta en México (*Ciudad sumergida*, 1997; *Desvelo de Ulises*, 2000).

Tanta es la diferencia de calidades conceptuales entre esas dos épocas que no sería arriesgado sostener que lo de Venezuela es prehistoria (ensayo de..., tanteo): lo que ha de importar de las producciones de este poeta y amigo y viajero para la poesía merideña y venezolana y sudamericana y así hasta donde pueda llegar en crecientes círculos concéntricos, comienza con su residencia en México.

Ese trayecto, sin embargo, no ha sido lineal-en-ascenso, según lo demuestran, por una parte, la existencia de textos muy sobrios en el comienzo o de textos dilatados en la etapa reciente; y, por la otra, la conservación de ese rasgo muy productivo semióticamente que viene dado por el trato lúdico de las distancias (voces, identidades) entre el yo lírico y el yo empírico en textos de una y otra etapa. Lo que en un principio se manifestó como homenaje a otros poetas (Lee Master, Pessoa, et al.) ha pasado a tomar como centro suyo la identidad misma del hablante lírico/autor implícito de varios de los nuevos textos. El Ulises literario a priori ha tomado conciencia de que su contraparte o reverso humano es, de algún modo, también nadie.

Constituido por 77 textos que se organizan con mucho sentido de unidad en cuatro secciones, *Desvelo de Ulises*, el poemario más reciente de Gregory, reúne, junto a varios textos de mérito suficiente para constituir un poemario conciso y sólido, algunos “otros poemas” que, lejos de aportarle fuerza, lo reblandecen, lo

lastran. Riesgos de la generosidad en la selección macrotextual, más que en la formalización textual.

Textos como “Catulo recuerda su pasado”, “Espejos”, “Equilibrio”, “Generaciones”, “Ya no soy”, “Las sombras”, “Noticia”, “Incienso”, “Niágara”, “Tigre”, “Soy el naufragio”, “Ruego de Ulises”, “Persistencia del desierto”, “Herencia”, “Certezas”, “De las hormigas”, “Contra el ausente”, “Historia”, “En el patio de Frida y Diego”, “El círculo y la palabra”, y “De los olvidos” habrían servido de pilares para uno de los dos poemarios que reúne, como en un juego de imágenes superpuestas, *Desvelo de Ulises y otros poemas*. Los de la sección “Memorial del silencio”, dedicados a la experiencia de iniciación japonesa, habrían bastado para otro poemario autónomo. La conciencia lúcida de la obra del tiempo sobre la identidad propia, de los límites que entraña todo crecimiento, de la imposibilidad de algunos sueños y de la posesión de otros que no se imaginaron tales, la constatación en las mujeres de la “tierra prometida”, la perplejidad y el desengaño ante algunas locuras de la razón, muy bien simbolizado todo en el leitmotiv del viaje y en su representante antonomásico en la cultura de Occidente, son distinciones de *Desvelo* muy bien conseguidas en esos poemas.

En “Contra el ausente”, por ejemplo, se reflexiona de manera incisiva sobre la suerte del poeta y su palabra una vez quedados al azar de la memoria a través del tiempo. Si bien en principio parece ser otro “el ausente”, ése que no alcanzó con su palabra cuanto quiso, esa suerte gravita no menos sobre el propio hablante y autor implícito de ese texto. Con lo que su historia deviene propia también, autorreflexiva. Esta preocupación se comunica de raíz con el reconocimiento de que la literatura precedió al joven poeta y habrá de sucederlo, con independencia del alcance de los efectos de ésta sobre la realidad. En esa cadena dialógica el poeta se acepta “eslabón” que “viajo en el sueño de mis muertos,/ busco la verdad de historias no contadas,/ soy eslabón que habrá de sostener/ el hilo del misterio”.

Ningún otro texto de *Desvelo de Ulises* ilustra tan concentrada y discretamente esa conciencia histórico-literaria como “Niágara”, tras cuya sobriedad sentimental y saturada brevedad resuenan los ecos de otros poetas

latinoamericanos que evocaron antes que éste “la insomne resignación del forastero” ante la vista de esas imponentes y ya literarias cataratas. En la “nostalgia” del “estruendo del agua” afloran los ecos del cubano Heredia, del venezolano Pérez Bonalde y de Martí, otro lector atraído en esa resonancia de ecos.

Con hallazgos como los comentados en estos textos o los sobreentendidos en aquellos otros ya mencionados, todo lo demás ha de ser atribuido a las aristas riesgosas de la generosidad del poeta. ¿Será soberbia probar a hacer uno mismo lo que el tiempo y su memoria harán tan pronto como nos separemos? Diez o nueve canciones conforman un buen disco, y veintitantos poemas bastan para un cuaderno macizo. En circunstancias de escasez de tiempo, de sobreabundancia de desperdicios ‘poéticos’ y de carencia de lectores de poesía, ¿para qué más?

Ciudad de México, 2000.